

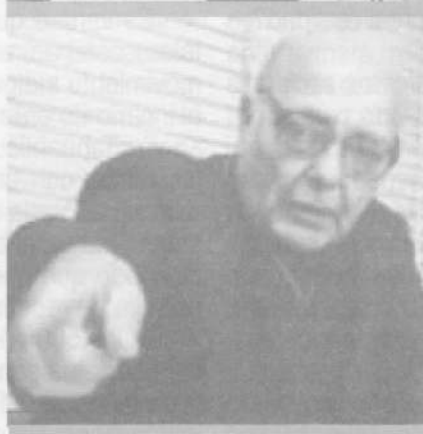
RAÚL FRANCISCO PRIMATESTA

El Cardenal, entre la conciencia y el poder

No me resulta fácil ni simple resumir una semblanza de la actuación del Cardenal Primatesta. Porque lo traté desde el principio siendo su seminarista, hasta casi el final - aunque no tan seguido - de sus largos años al frente de la iglesia de Córdoba. Desde el trato afectuoso, paternal y comprensivo, hasta una relación más distante, desconfiada y crítica.

Monseñor llegó a Córdoba, en 1965, en medio de la rebeldía clerical que produjeron los primeros efectos de la renovación conciliar. Tenía la misión de unificar al clero y para eso necesitó rehabilitar como obispo auxiliar a Mons. Angelelli. El conflicto eclesial cordobés lo superó y quiso renunciar a poco de llegar. *"Para darle ánimo le organizamos un acto de apoyo en La Plata"*, me contó su antiguo amigo el obispo Podestá, a quien nunca le perdonó que se enamorara de Clelia, su secretaria. *"Primatesta sintió celos de Angelelli... y le pidió al Nuncio que lo sacara de Córdoba"*. Y lo mandaron a La Rioja.

Tuvo gestos de adecuación a la ola renovadora de entonces y creó la Parroquia Universitaria en el Cristo Obrero; aunque la anuló al año siguiente, después que los estudiantes realizaron allí una huelga de hambre contra la dictadura de Onganía. Aceptó la presión de las Comunidades Cristianas de los barrios pobres y abrió las puertas del Arzobispado en 1972, para una protesta contra la carestía de la vida, que fue reprimida por el Gral. López Aufranc, del Tercer Cuerpo de



Ejército. Su tolerancia a los curas tercermundistas le valió, en sus inicios, el mote de *"obispo rojo"*. Pero negó la ordenación sacerdotal del seminarista *"Cacho"*

Mecca, que había sido secuestrado y torturado por la policía bonaerense. *"Mi conciencia me dice que no"*, fue la respuesta a la comunidad de Villa El Libertador, donde vivía Mecca, que en 1974 fue ordenado por Angelelli en La Rioja.

En 1973, desde el Consejo de Educación Católica y la Federación de Uniones de Padres de Familia, enfrentó al gobierno de Obregón Cano cuando éste avaló los reclamos sindicales de los docentes privados. El proyecto de Estatuto del Docente fue denunciado de *"favorecer la infiltración marxista"* y como *"operativo para liquidación de los Colegios Católicos"*. Por eso se celebró el golpe policial que encabezó el Tnte. Cnel. Navarro, con apoyo de la derecha peronista.

La represión de la dictadura iniciada en marzo del 76 también llegó a la iglesia católica. El Arzobispo se hizo eco de las quejas de padres y profesores, cuando el Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba, el tenebroso D2, requirió listado de alumnos en los colegios católicos. La intervención del capitán José Eduardo Baravalle, Director de Escuelas, lo tranquilizó. Y el 2 de abril le respondió por escrito: *"...transmití las instrucciones pertinentes a los Colegios Parroquiales y Religiosos para que faciliten la información requerida"* (*Boletín Eclesiástico*, marzo-abril 1976). Ya se conocían las historias negras del D2. Algunos profesores y alumnos figuran en la lista de desaparecidos.

Recibió como miembro de la

Nació en 1919 en Capilla del Señor, provincia de Buenos Aires, fue ordenado sacerdote en 1942 y designado obispo auxiliar de La Plata en 1957. Cuatro años más tarde pasó a ser obispo de San Rafael. En 1965 asumió como arzobispo de Córdoba, función que cumplió durante 33 años, hasta 1998, cuando el Papa le aceptó la renuncia presentada por haber llegado al límite de 75 años. Fue reemplazado por el actual arzobispo, monseñor Carlos Náñez. Durante distintos períodos presidió la Conferencia Episcopal Argentina, de cuya conducción participó desde 1970. En 1973 fue proclamado cardenal por el papa Pablo VI. Falleció el 1 de mayo pasado en la ciudad de Córdoba.



Comisión Ejecutiva del Episcopado toda la información que Angelelli le envió hasta pocos días antes de que lo mataran. Primatesta conocía de primera mano las quejas de Angelelli de que lo habían dejado sólo. Y eso aprovecharon sus asesinos el 4 de agosto de 1976. Cuando los militares le avisaron que tenían identificado a uno de sus sacerdotes como "subversivo", lo salvó sacándolo del país. Y cuando, éste retornó, aceptó el consejo militar de que no se radicara en Córdoba.

En 1976, los presos políticos alojados en la cárcel de San Martín le hicieron llegar una carta, en forma clandestina, denunciando que los militares estaban fraguando una supuesta fuga para justificar una matanza masiva. La señal de que el mensaje había llegado fue la visita al penal del capellán Julio Mackinnon, del Tercer Cuerpo de Ejército. Poco después los presos fueron trasladados a la jurisdicción del primer Cuerpo de Ejército.

En octubre de ese año, mi esposa, Marta González, fue sacada del penal junto a otros cinco detenidos políticos y fusilada en las barrancas de Altos de San Martín. Cuando algunos sacerdotes le avisaron al Cardenal, temiendo por mi vida, envió a uno de ellos para entrevistarse con el Ministro del Interior. Lo supe después por mi madre. Al recuperar mi libertad en 1982, lo visité en el Arzobispado, para agradecerle el gesto. Era portador a la vez de una carta de las Madres de Plaza de Mayo. Al entregársela le dije que las madres se quejaban que no las recibía. "¿Que querés? Las recibo y después me usan políticamente". Le dije que la utilización era inevitable. Y entre que lo usaran para la represión o para la libertad, era preferible esto último. "La iglesia no puede ser utilizada por nadie", concluyó. También le manifesté, que la queja era porque no había levantado su voz ante las torturas y secuestros. "Yo sé que he salvado

vidas", me dijo. No lo dudo, le dije, pero una voz fuerte de pública denuncia habría frenado a los militares. "Estoy tranquilo con mi conciencia, porque sé, que he salvado vidas", me repitió.

Más allá de su rol espiritual, su larga actuación como Arzobispo debe evaluarse desde la esfera del poder que ejerció. Así como se mostró tolerante con los sectores renovadores en sus primeros años de episcopado cordobés, siendo ya Cardenal y ocupando los primeros puestos de la jerarquía argentina en el período militar, ciertamente que no ejerció su poder para defender los derechos humanos ostensiblemente violados por la dictadura militar. Por lo que junto con el Cardenal Aramburu y Mons. Tortolo pasaron a ser las jerarquías más altas con una conducta de excesiva tolerancia, rayana en la complicidad, con las atrocidades cometidas por la dictadura.

Luis Miguel Baronetto

LC
Letras de Córdoba
 Libros / Revistas
 Catálogos / Folletos
 Mariano Moreno 1196
 Tel. 0351-4692962.
 Córdoba

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos

Casa Cultural de la COOPERACIÓN

- Talleres Artísticos
- Fotografía • Teatro
- Expresión Literaria
- Canto Comunitario

Mesa de Opinión

Ciclos de VIDEO

Si estás interesado, dirígete a:
 Alvear 129 P.A. Córdoba
 Tel/Fax 0351- 4213408
 e.e.: ficord@rcc.com.ar